

LA DEVOCION VERDADERA

por

**San Francisco de Sales
Doctor de la Iglesia**

APOSTOLADO MARIANO

Recaredo, 44

41003 - SEVILLA

1997

1997

ISBN: 84-7770-531-3
D.L.: Gr. 1204-2000
Impreso en Azahara
Printed in Spain

INTRODUCCION

San Francisco de Sales (1567-1622) nació el 22 de agosto de 1567 en el castillo de Thorens, diócesis de Ginebra, en el seno de una noble familia de Saboya. A los catorce años fue enviado a París, a estudiar con los jesuitas. Después estudió jurisprudencia en Padua, doctorándose en derecho en 1592. Entregado a una vida de ardentísima piedad y muy devoto de la Virgen María, abandonó la abogacía y se hizo sacerdote.

En 1599 fue nombrado cuadjutor del obispo de Ginebra, y poco después le sucedió como obispo de la diócesis. Es uno de los más insig-nes representantes de la maravillosa reforma pastoral que se llevó a cabo en la Francia de su época.

San Francisco de Sales fue beatificado por Alejandro VII en 1661, canonizado por el mismo papa en 1665, y declarado doctor de la Iglesia por Pío IX en 1877. Ha sido declarado también patrono de los periodistas católicos por el papa Pío XI en 1923.

San Francisco de Sales es uno de los autores que más hondamente ha influido en la espiritualidad posterior, principalmente a través de su *Introducción a la Vida Devota* (1609), (del cual este libro que tienes en tus manos y el titulado: *Del progreso en la devoción* son parte de esa obra), y su magnífico *Tratado de amor de Dios* (1616), que también tenemos publicado en nuestra Editorial.

Ya sabes que nuestra madre la Iglesia cuando a un Santo le concede el honorífico título de “*Doctor de la Iglesia*”; lo que principalmente pretende es recomendarnos sus obras. Los Doctores de la Iglesia hasta ahora son treinta y tres, y muy pronto esperamos sean 34 con San Luis Brignión de Montfort que se espera sea nombrado en breve.

De entre todos los Doctores de la Iglesia los más modernos son San Alfonso M^a Ligorio, del siglo XIIX y Santa Teresita del Niño Jesús, del final del siglo XIX. De San Alfonso tenemos publicados más de veinte libros, y de Santa Teresita sus obras principales: “*Historia de un Alma*”, y *Novísima Verba*” y “*Consejos y Recuerdos*”.

LA DEVOCION VERDADERA

1

Descripción de la verdadera devoción

Querida Filotea, siendo cristiana, bien sé que aspiras a la devoción, por ser ésta una virtud en extremo agradable a la Majestad divina; mas por cuanto las faltas pequeñas en que se cae al principio de cualquier obra se refuerzan y crecen en el progreso de ella, y son a la fin casi irreparables, es necesario ante todas las cosas, sepas lo que es esta virtud de devoción; porque como no hay sino una verdadera, y gran cantidad de falsas y vanas, si no conoces la cierta y segura, podrías fácilmente engañarte y seguir alguna devoción impertinente y supersticiosa.

Aurelio pintaba todas las caras de las imágenes que hacía, a semejanza con el aire de las mujeres que amaba, y cada uno pinta la devoción según su pasión y fantasía. El que se da al ayuno se tendrá por muy devoto sólo porque ayuna, aunque, por otra parte, tenga el corazón lleno de ren-

cor y malicia; y sin osar tocar su lengua a vino ni agua por templanza, no se le dará nada de meterla y cebarla en la sangre de su prójimo a fuerza de murmuración y calumnia. Otro se tendrá por más devoto porque cada día dice una gran multitud de oraciones, aunque después de esto deshaga su lengua en palabras enojosas, arrogantes e injuriosas, así con sus domésticos como con sus vecinos. Otro sacará de buena gana limosna de la bolsa para dar a los pobres, y no podrá sacar del corazón dulzura y piedad para perdonar sus enemigos. Otro perdonará sus enemigos, y no querrá componerse con sus deudores sino a fuerza de justicia. Todos éstos son tenidos vulgarmente por devotos; nombre que de ninguna manera le merecen. Buscando la gente de Saúl a David en su casa, puso Micol en una cama una estatua cubierta y adornada con los vestidos del mismo que buscaban; con lo que hizo creer a la gente de Saúl que el que al parecer dormía era David, que estaba enfermo (1 Sam 19,11.16). Así muchas personas se cubren de ciertas acciones exteriores, aparentes a la santa devoción, conque el mundo las tienen por verdaderamente devotas y espirituales, no siendo, en suma, sino estatuas y fantasmas de devoción.

La verdadera y viva devoción, ¡oh Filotea!, presupone amor de Dios, y antes no es otra cosa sino un verdadero amor divino; y no amor como quiera, porque en cuanto el amor divino hermosea nuestra alma, se llama gracia, haciéndonos agradables a su divina Majestad; en cuanto nos da fuerza de bienhacer, se llama caridad; mas cuando llega al grado de perfección, en el cual no solamente nos hace bien hacer, sino obrar cuidadosa, frecuente y prontamente, entonces se llama devoción. Los avestruces no vuelan jamás; las gallinas vuelan poco, aunque pesada y raramente; mas las águilas, palomas y golondrinas vuelan a menudo, aprisa y alto. Así los pecadores no vuelan en Dios, antes hacen todos sus cursos en la tierra y para la tierra. La buena gente que aún no ha llegado a la devoción, vuela en Dios por medio de sus buenas acciones; pero rara y pesadamente. Las personas devotas vuelan en Dios frecuente, pronta y altamente. En fin, la devoción no es otra cosa sino una agilidad y vivacidad espiritual, por medio de la cual la caridad ejercita sus acciones en nosotros, y nosotros por ella obramos pronta y aficiadamente; y como pertenece a la caridad el hacernos guardar los mandamientos de Dios general y universalmente, pertenece también a la

devoción el hacer que los guardemos pronta y diligentemente; causa por que el que no guarda los mandamientos de Dios no puede ser tenido por bueno ni devoto, porque para ser bueno es necesaria la caridad, y para ser devoto es necesaria (además de la caridad) una gran vivacidad y prontitud en las acciones caritativas.

Y como la devoción consiste en cierto grado de excelente caridad, no solamente nos hace prontos, activos y diligentes en la observación de todos los mandamientos de Dios, sino que fuera de esto nos provoca a hacer pronta y aficionadamente las más buenas obras que podemos, aunque las tales no sean de ninguna manera de precepto, sino solamente aconsejadas o inspiradas; porque de la misma manera que un hombre que acaba de sanar de alguna enfermedad, camina aquello que le es necesario pero lenta y pesadamente, así el pecado, habiendo sanado de su iniquidad, camina aquello que Dios le manda, pero también lenta y pesadamente, hasta que llega a alcanzar la devoción; porque entonces, como un hombre bien sano y dispuesto no solamente camina, pero corre y salta en el camino de los mandamientos de Dios (Sal. 118,32), y de mejor en mejor, va corriendo en las sendas de los consejos e inspiraciones

celestes. En fin, la caridad y la devoción no son más diferentes la una de la otra que la llama lo es del fuego, por cuanto la caridad, siendo un fuego espiritual, cuando está muy inflamada se llama devoción: de manera que la devoción no junta nada al fuego de la caridad, sino la llama, con la cual se hace la caridad pronta, activa y diligente, no solamente en la observación de los mandamientos de Dios, sino en el ejercicio de los consejos e inspiraciones celestes.

2

Propiedades y excelencias de la devoción

Los que desanimaban a los israelitas el ir a la tierra de promisión, decían que era una tierra que tragaba los que la habitaban; como decir que el aire era tan maligno, que no podían vivir mucho tiempo, y que los habitantes eran gigantes tan prodigiosos que se comían los otros hombres como langostas (Hab. 13,33.34). Así el mundo, mi querida Filotea, infama cuanto puede la santa devoción, pintando las personas devotas como enoja-

das, tristes y macilentas, y publicando que la devoción causa humores melancólicos e insoporables. Mas como Josué y Caleb aseguraban que no solamente era buena y hermosa la tierra prometida sino que también la posesión sería dulce y agradable (Hab. 14, 7-8), de la misma manera el Espíritu Santo, por la boca de todos los santos, y Nuestro Señor por la suya misma (Mt. 11, 28-30), nos asegura que la vida devota es una vida dulce, dichosa y amigable. Ve el mundo que los devotos ayunan, rezan y sufren las injurias; sirven los enfermos, asisten a los pobres, velan, reprimen la cólera, detienen y enfrentan las pasiones, se privan de los placeres sensuales y hacen tales y otras suertes de acciones, las cuales en ellas mismas y de su propia sustancia y calidad son ásperas y rigurosas; pero el mundo no ve la devoción interior y cordial, la cual vuelve todas estas acciones agradables, dulces y fáciles. Mira las abejas sobre el tomillo que chupando sacan un zumo muy amargo, convirtiéndole después, por propiedad que tienen, en dulcísima miel. Las almas, pues, devotas (o mundanas) es verdad que hallan mucha amargura en su ejercicio de mortificación; mas continuando en él, lo más amargo vuelven dulce y suave. Los fuegos, las llamas, las ruedas y las

agudas espadas parecían a los mártires flores hermosas y preciosos olores, y esto porque eran devotos; que si la devoción puede dar dulzura a los más crueles tormentos y a la muerte misma, ¿cuánto más fácil le será el darla a las acciones de virtud?. El azúcar hace dulces los mal maduros frutos, corrige y templea la crudeza de los que están muy maduros. Así la devoción es la verdadera azúcar espiritual, que quita la amargura a las mortificaciones y el daño a las consolaciones; quita la cuita a los pobres y la soberbia a los ricos, al oprimido la ruina y la insolencia al favorecido, la tristeza al solitario, y la disolución a la que está en compañía; sirve de fuego en invierno y de rocío en verano; sabe abundar y sufrir pobreza, hace igualmente útil el honor y el menosprecio, recibe el placer y el dolor con un corazón casi siempre semejante, y nos colma el espíritu de una maravillosa suavidad.

Contempla la escala de Jacob (Gén 28, 12-20), porque ésta es el verdadero retrato de la vida devota. Los dos lados, entre los cuales se sube, y a los cuales los escalones se tienen, representan la oración; la cual alcanza el amor de Dios y los sacramentos que le confieren. Los escalones no son otra cosa sino los diversos grados de caridad

por los cuales se va de virtud en virtud, o bajando (por la acción) al socorro y favor del prójimo, o subiendo (por la contemplación) en la unión amorosa de Dios. Mira ahora, te ruego, los que están sobre la escalera, verás que son hombres angélicos o ángeles que tienen cuerpos humanos, No son mozos, pero parecen serlo, por cuanto están llenos de vigor y agilidad espiritual. Tiene alas para volar y arrojarse a Dios por medio de la santa oración y también tienen pies para caminar con los hombres por medio de una santa y amigable conversación. Sus caras son hermosas y alegres, porque reciben todas las cosas con dulzura y suavidad. Tienen las piernas, brazos y cabezas desnudas, porque sus pensamientos, intentos y acciones no llevan otro disinio ni motivo sino agradar a Dios. Lo demás del cuerpo tienen cubierto, pero de una vestidura ligera y hermosa; y esto porque usan del mundo y cosas mundanas con corazón puro y sincero, no tomando de todo sino aquello que no excusan, según su condición y manera. Tales son las personas devotas. Créeme, querida Filotea, que la devoción es la dulzura de las dulzuras y la reina de las virtudes, por cuanto es la perfección de la caridad: si la caridad es una leche, la devoción es la nata; si es una plata, la

devoción es la flor; si es una piedra preciosa, la devoción es su lustre y claridad; si es un bálsamo precioso, la devoción es el suave olor que conforta los hombres y alegra los ángeles.

3

Que la devoción es necesaria a toda suerte de estados y profesiones

Mandó Dios en la creación llevasen las plantas sus frutos, cada una según su género (Gén. 1,11-12); así manda también a los cristianos, que son las vivas plantas de su Iglesia, produzcan frutos de devoción, cada uno según su calidad y estado. Diferentemente han de ejercer la devoción el hidalgo y el labrador, el vasallo y el soberano, la viuda y la doncella, la soltera y la casada; y no sólo esto, pero es necesario acomodar la práctica de la devoción a las fuerzas, a los negocios y a las obligaciones de cada uno. ¿Sería a propósito, dime, Filotea, que el obispo quisiese seguir la soledad del cartujo, y que los casados no procurasen adquirir ni juntar más que los capuchinos, que

el labrador se estuviese todo el día en la iglesia como los religiosos, y que el religioso estuviese, como el obispo, siempre expuesto a cualquier suerte de encuentro, por el servicio del prójimo? Esta devoción, ¿no sería ridícula, desarreglada e insoportable? Con todo eso, vemos caer en esta falta muy de ordinario; y el mundo, que no dis-cierne ni quiere discernir entre la devoción e indiscreción de aquellos que piensan ser devotos, murmura y vitupera la devoción, la cual no por eso es causa de semejantes desórdenes.

No, Filotea, la devoción (cuando es verdadera) no corrompe nada, antes lo perfecciona todo; pero cuando es contraria al legítimo estado de cada particular, entonces sin duda es falsa. La abeja, dice Aristóteles, saca su miel de las flores, sin dejarlas ajadas ni marchitas, sino enteras y frescas como antes. La verdadera devoción aún hace más, porque no solamente no daña ninguna suerte de estados ni negocios, sino antes los adorna y hermosea. Toda suerte de pedrería echada en la miel, sale más reluciente y hermosa, cada una según su color; y cualquiera se hace más agradable en su estado. Juntándole a la devoción el cuidado de la familia, se hace apacible; el amor del marido y mujer más sincero, el servicio del prín-

cipe más fiel y toda suerte de ocupaciones más suaves y amigables.

No sólo es error, pero herejía, el querer desterrar la vida devota de la compañía de los soldados, de la tienda, de los oficiales, de las cortes de los príncipes y de la familia de los casados. Es verdad, Filotea, que puramente la devoción contemplativa, monástica y religiosa no puede ejercerse en estos estados; más también (fuera de estas tres suertes de devoción) hay otras muchas propias para perfeccionar los que viven en el estado seglar. Abraham, Isaac y Jacob, David, Job, Tobías, Sara, Rebeca y Judit dan fe en el Viejo Testamento de esta verdad; y cuanto al Nuevo, San Joséf, Lidia y San Crispín fueron perfectamente devotos en sus tiendas; Santa Ana, Santa Marta y Santa Priscila, en sus familias; Cornelio, San Sebastián y San Mauricio, en los ejércitos; Constantino, Santa Helena, San Luis y San Eduardo, en sus tronos reales.

También se ha visto que muchos han perdido la perfección en la soledad, siendo ésta tan deseada para llegar a una vida perfecta; y la conservaron antes en medio la multitud, pareciendo ésta tan poco favorable a la perfección. Loth, dice San Gregorio (Hom. Ezequiel 1, 1,9,22), que fue tan

casto en la villa, no supo serlo en la soledad. Dondequiera que estamos, podemos aspirar a la vida perfecta.

4

De la necesidad de un conductor para entrar y hacer progreso en la devoción

Habiéndole mandado a Tobías el menor que fuese a Ragés, dijo: “De ninguna manera sé el camino”. “Anda (replicó el padre), y busca algún hombre que te en camine” (Tob 5, 2.4). De la misma manera te digo yo, Filotea mía. ¿Quieres con más seguridad caminar a la devoción? Busca, pues, algún hombre virtuoso que te adiestre y guíe.

Aquí consiste el advenimiento de los advenimientos. Aunque más busques, dice S. Juan de Avila, jamás hallarás tan seguramente la voluntad de Dios como por el camino de esta humilde obediencia, practicada y estimada en tanto de todos los antiguos devotos. La bienaventurada madre Teresa, viendo que doña Catalina de Córdoba había grandísima penitencia, deseó mucho imitarla en esto, contra el parecer de su confesor, que se

lo defendía, el cual estuvo tentada a desobedecer en este particular; y Dios la dijo: “Hija mía, tú llevas un seguro y buen camino; y aunque miras a la penitencia que esotra hace, estimo en más tu obediencia. Tanto amaba esta virtud, que fuera de la obediencia que debía a sus superiores, hizo particular voto de obedecer a un hombre excelente y virtuoso, obligándose a seguir su dirección y consejo; de manera que con esto quedó la bienaventurada consolada en extremo. Y así, antes y después de ella, muchas almas devotas, para mejor sujetarse a Dios han humillado sus voluntades a las de sus mismas criadas y domésticos; lo cual Santa Catalina de Siena alaba infinitamente en sus *Diálogos*. La devota princesa Santa Isabel, con extrema humildad, se puso debajo de la obediencia del doctor M. Conrado. Y aún me acuerdo de uno de los consejos que el gran San Luis dio a su hijo antes de su muerte. Díjole así: “Confíésate a menudo y elige un confesor idóneo, que sea hombre prudente y que te pueda enseñar a hacer las cosas que te son necesarias”.

El amigo fiel, dice la Santa Escritura (Eclo 6, 14,16), es una fuerte protección; el que le ha hallado, ha hallado un tesoro. El amigo fiel es un medicamento de vida e inmortalidad; los que

temen a Dios, le hallan. Estas divinas palabras miran principalmente a la inmortalidad, como ves, para la cual es necesario, ante todas las cosas, tener este fiel amigo que guíe nuestras acciones con sus avisos y consejos. , librándonos por este medio de las emboscadas y engaños de nuestro enemigo; serán como un tesoro de sapiencia en nuestras aflicciones, tristezas y trabajos; servirán de medicina para aliviar y consolar nuestros corazones en las indisposiciones espirituales; guardarán del mal, y hagamos el bien mejor; y cuando nos venga alguna enfermedad, estorbará que no sea de muerte.

Más ¿quién hallará este amigo? El sabio responde: “Aquellos que temen a Dios”; quiere decir, los humildes, que con veras desean la medra espiritual. Pues que te importa tanto, ¡oh Filotea!, el caminar con una buena guía en este santo camino de la devoción, ruega a Dios con una grande instancia te dé una que sea según su corazón; y no dudes, porque cuando debiera enviarte un ángel, como hizo al joven Tobías, te enviará una fiel y buena.

Siempre ha de ser ésta para ti un ángel; quiero decir que cuando la hayas hallado, no la has de considerar como un hombre simple; y esto sin

confiarte en ella ni en su humano saber, sino en sólo Dios. El cual te favorecerá y hablará por medio de este hombre, poniéndole en la boca y corazón aquello que fuere necesario para tu salud; y así, le debes escuchar como a un ángel que baja del cielo para guiarte a él. Has de tratar con él con abierto corazón, con toda sinceridad y fidelidad, manifestándole claramente tu bien y tu mal sin fantasía ni disimulación; y por este medio tu bien será examinado y más seguro y tu mal será corregido y remediado: te hallarás aliviada y fortificada en tus aflicciones, moderada y reglada en tus consolaciones.

Pondrás en él una gran confianza, mezclada de una sagrada reverencia, de suerte que la reverencia no disminuya la confianza y que la confianza no estorbe la reverencia; confía en él con el respeto de una doncella para con sus padres, respétale con la confianza de un hijo para con su madre. En fin, esta amistad ha de ser firme y dulce, santa, sagrada, divina y espiritual. A este propósito dice San Juan de Avila: “Escoged uno entre mil”; y yo digo entre diez mil; porque se hallan muchos menos que pensáis que sean capaces de este oficio, ha de ser lleno de caridad, de ciencia y de prudencia; y faltándole una de estas tres partes será

faltarle mucho, Pero también digo otra vez que le pidas a Dios; y habiéndole hallado, perseveres con él, dando gracias a su divina Majestad, y no buscando otras novedades sino irte siempre por el camino que tu guía te muestre, simple, humilde y confidentemente; y con esto harás un dichoso viaje.

5

¿Que es necesario comenzar para la purificación del alma?

Las flores (dice el Esposo) (Cant. 2,12), se muestran ya en nuestra tierra, y el tiempo de limpiar y cortar ha llegado. Las flores de nuestros corazones, ¡oh Filotea!, son los buenos deseos; y tan presto como éstas se muestran, debemos echar la mano a la hoz para cortar de nuestra conciencia todas las obras muertas y superfluas. La doncella extranjera, para poderse desposar con el israelita, había de quitarse la ropa de cautividad y cortarse las uñas y el cabello (Dt. 21, 12,13). El alma que aspira a tanta honra como es ser esposa el Hijo de Dios, también se ha de quitar las vestiduras viejas del pecado y vestirse las de virtud (Ef. 4, 22,24), después de cortar toda suerte de embarazos que

puedan estorbar el amor de Dios; porque el principio de nuestra salud es el purgarnos de nuestros humores pecantes. San Pablo, en un momento, quedó limpio con perfecta limpieza, como también Santa Catalina de Génova, Santa Magdalena, Santa Pelagia y otros; pero esta suerte de purificación es milagrosa y extraordinaria en la gracia, como la resurrección de los muertos en la naturaleza; cosa que no debemos pretender. La limpieza y la salud ordinaria, sean de los cuerpos o ya de los espíritus, no se hace sino poco a poco, por progreso de mejoría en mejoría, y esto no sin trabajo ni tiempo.

Aunque los ángeles de la escala de Jacob tienen alas, no por eso vuelan, antes suben y bajan por orden, de escalón en escalón. El alma que se levanta del pecado a la devoción, es comparada al alba (Prov. 4,18), la cual al levantarse no despide en un mismo instante las tinieblas, sino poco a poco.

La cura (dice el aforismo) que se hace con espacio de tiempo, es siempre la más segura. Las enfermedades de corazón, como las del cuerpo, vienen a caballo y por la posta, van a pie y a paso muy lento. Menester es, pues, ser animosa y sufrida, ¡oh Filotea!, en esta empresa. ¡Cuánta lastima

dan alguna alma, que viéndose sujetas a diferentes imperfecciones, después de haberse ejercitado algún tiempo en la devoción, comienzan a inquietarse y desanimarse, dejándose llevar de la tentación tanto, que olvidándose de la virtud, vuelven a sus primeras costumbres!. También, por otra parte, tienen gran peligro las almas las cuales por una tentación contraria se persuaden que están purgadas de sus imperfecciones cuando apenas se han puesto a ello; teniéndose por perfectas sin serlo y arrojándose a volar sin alas. En gran peligro están estas almas, ¡oh Filotea!, de tornar a recaer, por haberse desmandado de presto y apartado de las manos del médico. “No te levantes, dice el Profeta (Sal. 126,3)., antes que haya llegado la luz; levántate después que hayas estado asentado”. Y él mismo, practicando esta lección, y habiéndose ya lavado y limpiado, quiera lavarse de nuevo (Sal. 50,3).

El ejercicio de la purificación del alma no se puede no se debe acabar sino con nuestra vida. No nos turben, pues, nuestras imperfecciones; porque nuestra perfección consiste en él combatirlas; y no las podremos combatir sin verlas, ni vencerlas sin encontrarlas. Nuestra victoria no consiste en sentirlas, sino en no consentirlas.

No es, pues, consentirlas el recibir sus incomodidades; y así, es necesario que para el ejercicio de nuestra humildad quedemos algunas veces heridos en esta batalla espiritual; pero nunca nos tenemos por vencidos sino cuando hemos perdido o la vida o el ánimo. Las imperfecciones, pues, y pecados veniales no nos pueden privar de la vida espiritual, porque ésta no se pierde sino por el pecado mortal. Sólo se ha de procurar que no perdamos el ánimo. Líbrame, Señor, decía David (Sal. 54,9), de la cobardía y el desfallecimiento. Es, pues, una dichosa propiedad nuestra en esta guerra espiritual el hallarnos siempre vencedores con que no huyamos nunca el combate.

6

De la primera purificación, que es la de los pecados mortales

La primera purificación que se debe hacer es la del pecado. El medio para hacerla es el santo sacramento de la penitencia. Buscarás, pues, el más digno confesor que pudieres; sírvete de algún libro hecho a este propósito, que ayuda a la conciencia a bien confesarte, como Granada, Bruno, Arias, Anger; léelos bien, y nota de punto en

punto en lo que hubieres ofendido a tu Dios desde que tienes uso de razón hasta la hora presente, y si no te fiores de la memoria, pon por escrito lo que hubieres notado. Y habiendo por este medio preparado y juntado los humores pecantes de tu conciencia, los detestarás y abominarás, mediante una contrición y desplacer tan grande cuanto tu corazón pueda sufrir, considerando estas cuatro cosas: que por el pecado perdiste la gracia de Dios, y con ella el paraíso; que recibiste las penas eternas del infierno, y renunciaste la visión y el amor eterno.

Bien ves, Filotea, que hablo de una confesión general de toda la vida, la cual también te confieso no ser siempre absolutamente necesaria; pero también considero que te será en extremo provechosa en este principio; y así, te la aconsejo con todas veras. Sucede muchas veces que las confesiones ordinarias de los que viven en vida común y vulgar están llenas de grandes faltas, porque de ordinario o no se preparan o muy poco, o no tienen la contrición necesaria; y así sucede muchas veces irse a confesar con una tácita voluntad de volver al pecado, por cuanto no quieren evitar la ocasión de volver a él, ni tomar los expedientes necesarios a la enmienda de la vida, y en todos

estos casos es la confesión general muy necesaria para asegurar el alma. Fuera de todo esto, la confesión general nos llama al conocimiento de nosotros mismos, nos convoca a una saludable confusión para con nuestra vida pasada, hácenos admirar de la misericordia de Dios que nos ha esperado tan largo tiempo, apacigua nuestros corazones, alegra nuestros espíritus, incítanos a buenos propósitos, da sujeto a nuestro confesor a que nos dé los avisos más convenientes a nuestra condición, y ábrenos el corazón para que con más confianza nos declaremos en las confesiones siguientes.

Hablando, pues, de un renuevo general de nuestro corazón y de una conversión universal de nuestra alma a Dios por medio de la empresa de la vida devota, paréceme que no dejaré de tener razón, Filotea, en aconsejarte esta confesión general.

7

De la segunda purificación, que es la de las aficiones del pecado

Todos los israelitas salieron en efecto de la tie-

rra de Egipto, mas no todos de buena gana; causa por qué en el desierto muchos de entre ellos echaban menos el carecer de las cebollas y carnes de Egipto (Hab. 11, 4,5). Así también hay penitentes que, en efecto, salen del pecado, sin que por eso pierdan la afición que le tienen; esto es, que proponen de nunca más pecar, pero con cierto sentimiento que tienen de privarse y abstenerse de los desventurados deleites del pecado. El corazón de estos renuncia el pecado, procurando apartarse de él; mas no por eso deja de volverse de su bando, como hizo la mujer de Loth hacia el lado de Sodoma (Gén 19,26). Abstiénnense del pecado como los enfermos de los melones, los cuales no comen porque los médicos les amenazan de muerte si los prueban; mas no por eso dejan de sentir esta abstinencia: hablan en ellos, preguntan si fuese posible él comerlos, quieren por los menos olerlos, y tienen por dichosos a los que pueden gustarlos. Así también estos flacos y débiles penitentes se abstienen por algún tiempo del pecado, mas contra su propia voluntad; querrían bien poder pecar sin ser condenados; hablan con sentimiento y gusto del pecado, y tienen por satisfechos a los que le cometen. Un hombre resuelto a vengarse mudará de voluntad en la confesión,

pero poco después le hallarán entre sus amigos deleitándose en hablar de la pendencia pasada, diciendo que, si no hubiera sido por Dios, hubiera hecho tal y tal cosa, y que la ley divina en este artículo es difícil de observar, y que pluguiese a Dios fuese permitida la venganza. ¿Quién, pues, no echa de ver que, aunque este pobre hombre está fuera de pecado, no por eso deja la afición que le tiene; y que hallándose en efecto fuera de Egipto, apetece aún los ajos y cebollas que solían comer; cómo la otra mujer, que habiendo dejado sus lascivos amores, no deja por eso de recrearse con los requiebros y agasajos que la hacen?

Averiguadamente semejantes gentes están en no pequeño peligro.

Así, Filotea mía, pues tu quieres emprender la vida devota, no sólo has de dejar el pecado, sino limpiar también tu corazón de toda afición que el que pueda causar; porque, fuera de peligro que abría la recaída, podría estas miserables aficiones desmayar perpetuamente tu espíritu y agravarle, de manera que no podría ejercerse las buenas obras pronta, diligente y frecuentemente, que es en lo que consiste la verdadera esencia de la devoción. Las almas que habiendo salido de las ataduras del pecado, tienen aún estas aficiones y

deseos, semejan (a mi parecer) a las doncellas opiladas, las cuales no están enfermas pero todos sus achaques son de enfermo; comen sin gusto, duermen sin reposo, ríen sin alegría, y antes querían las arrastrasen que caminar cuatro pasos. De la misma manera, estas almas que he dicho obran el bien con tanto cansancio espiritual, que hace perder la gracia a sus buenos ejercicios, pocos en número y pequeños en efecto.

8

Del medio para hacer esta segunda purificación

El medio, pues, y fundamento de esta segunda purificación es la viva y frecuente aprehensión del grave mal que el pecado nos ha causado, por cuyo medio nos disponemos a una profunda y vehemente contrición; porque de la misma manera que la contrición (con tal que sea verdadera), por pequeña que sea, y principalmente juntándose a la virtud de los sacramentos, nos purga bastante-mente del pecado, así también, cuando es grande y vehemente, nos purga todas las aficiones que penden del pecado. Un rencor, un aborrecimiento

flaco y débil es causa de que veamos de mala gana a aquel que aborrecemos, y nos hace huir su compañía; pero si es un rencor mortal y violento, no sólo aborrecemos aquel a quien le tenemos, sino antes aborrecemos y huimos la conversación de su parentela y amigos, cuanto y más su retrato ni cosa que le parezca. Así, cuando el penitente no aborrece el pecado sino por una ligera, aunque verdadera contrición, es verdad que se resuelve de no pecar más; pero cuando le aborrece con una contrición grave y rigurosa, no sólo abomina el pecado, sino antes toda afición y dependencia que de él procede. Es, pues, necesario, Filotea, procurar que nuestra contrición y arrepentimiento sea la mayor que pudiéremos, para que así se extienda hasta la mayor parte del pecado. De esta suerte perdió la Magdalena en su conversión en gusto del pecado y los vanos placeres que en él hallaba, que jamás volvió a pensar en ellos; y David protestaba no sólo favorecer el pecado, sino también toda su sendas y caminos (Sal. 118, 10, 128). En este punto, pues, consiste en el renuevo del alma, que este mismo profeta (Sal. 102,5) compara al renueva del águila.

Para venir, pues, a esta aprehensión y contrición es necesario que te ejercites con cuidado en

las meditaciones siguientes: las cuales, siendo bien practicadas, desarraigarán de tu corazón (mediante la gracia divina) el pecado y las principales aficiones del pecado, para cuyo uso las he hecho yo expresamente. Harás la una después de la otra, como yo las he señalado, sin tomar más de una para cada día; la cual, siendo posible, harás por la mañana, que es el tiempo más propio para que todas las actividades del espíritu, y las volverás a meditar y rumiar lo restante del día. Y si no estuvieres hecha a la meditación, mira a lo que se tratara de ella en la segunda parte.

9

MEDITACIONES

MEDITACION I

De la creación

Preparación

1.- Ponte en la presencia de Dios

2.- Ruégale que te inspire.

Consideraciones

1. Considera que no ha más de tantos años que

tú no estabas en el mundo, y que tú ser era un verdadero nada. ¿Adónde estábamos nosotros, ¡Oh alma mía!, en aquel tiempo? Había ya tanto que el mundo duraba, y de nosotros no había memoria alguna.

2. Dios te ha hecho salir de este nada para hacerte lo que eres, sin que tuviese necesidad de ti, sino por sola su bondad.

3. Considera el ser que Dios te ha dado, porque es el primer ser del mundo visible, capaz de la vida eterna y de unirse perfectamente con su divina Majestad.

Aficiones y Resoluciones

1. Humíllate muy de veras delante de Dios, diciendo de corazón con el salmista: “¡Oh Señor!, yo soy delante de tu divino acatamiento un verdadero nada (Sal. 38,7); y ¿cómo tuviste memoria de mi (Sal. 8,5) para criarme? ¡Ay de mí, mi alma! Tu estabas anegada en ese antiguo nada, y aún el presente lo estuvieras si Dios no te hubiera sacado de él. Y ¿qué harías tú en ese nada?

2. Da gracias a Dios. ¡Oh mi soberano buen Creador! ¡Cuán grande es la obligación que te tengo, pues has ido a buscarme dentro de mi nada, para hacerme por tu misericordia lo que soy!

¿Qué cosa podré jamás hacer para bendecir a tu santo nombre y agradecerte tu inmensa bondad?

3. Confúndete. Más ¡ay de mí, mi Criador! En lugar de unirme contigo por amor y servicio, toda contra ti me he vuelto rebelde por mis desarregladas aficiones, apartándome y alejándome de ti, para juntarme con el pecado y la iniquidad; sin entender más cuenta con honrar tu bondad que si no hubieras sido mi Creador.

4. Abájate delante de Dios. ¡Oh mi alma! Sabe que el Señor es tu Dios; Él es el que te ha hecho, que tú no te has hecho a ti misma (Sal. 99,3.). ¡Oh Dios!, yo soy la obra de tus manos (Sal. 137,8).

Ya que aquí adelante no quiero tomar más complacencia en mí misma; que de mi parte no soy nada. ¿De qué te glorificas tú, ¡oh polvo y ceniza? (Eclo. 10,9). Pero antes ¡oh verdadero nada!, ¿de qué té ensalzas tú? Y para humillarme, quiero hacer tal y tal cosa, sufrir tales y tales menosprecios; quiero mudar de vida, y seguir de aquí adelante a mí Creador, y honrarme con la condición del ser que me ha dado: empleándolo todo enteramente en la obediencia de su voluntad por los medios que me fueren enseñados, a los cuales no haré falta para con mi padre espiritual.

Conclusión

1. Agradece a Dios. Bendice, ¡oh alma mía, a tu Dios, y todas mis entrañas loen su santo nombre (Sal. 102,1), porque su bondad me ha sacado de nada y su misericordia me ha creado.

2. Ofrécele. ¡Oh mi Dios!, yo te ofrezco el ser que me has dado, de todo mi corazón. Yo te lo dedico y consagro.

3. Ruégale. ¡Oh Dios!, fortifícame en estas aficiones y resoluciones. ¡Oh santa Virgen!, encomiéndalas a la misericordia de tu Hijo, con todos aquellos por quienes estoy obligada a rogar, etc. *Pater noster. Ave María.*

Al salir de la oración, paseándote un poco, junta un ramillete de devoción de las consideraciones que hubieres hecho, cuyo olor te recree el sentido el resto del día.

MEDITACION II

Del fin para el cual somos criados

Preparación

1. *Ponte delante de Dios.*

2. *Ruégale que te inspire.*

Consideraciones

1. Dios no té ha puesto en este mundo por alguna necesidad que tuviese de ti, que le eres del todo inútil; más solamente para ejercer en ti su bondad, dándote su gracia y su gloria. Y por esto te ha dado el entendimiento, para que le conozcas; la voluntad para que le ames; la imaginación para representarte sus beneficios; los ojos para que veas las maravillas de sus obras; la lengua para que le alabes; y así las demás facultades.

2. Siendo creada y puesta en este mundo con esta intención, todas las acciones contrarias a ella se han de evitar, y las que para este fin no son de algún servicio deben ser menospreciadas como vanas y superfluas.

3. Considera la desdicha del mundo, que no piensa en ellas, antes vive como si creyese no haber sido creado sino para levantar casas, plantar árboles, riquezas, decir donaires y truhanear.

Aficiones y resoluciones

1. Confúndete reprendiendo a tu alma su miseria, que por lo pasado ha sido tan grande, que no ha pensado en todo ello poco ni mucho ¡Ay de mí! (dirás tú). ¿En qué ocupaba yo mi pensamiento,

¡oh Dios mío!, Cuándo no pensaba en ti?. ¿Dé que me acordaba yo cuando a ti te ponía en olvido? ¿Dónde se encaminaba mi amor cuando no te amaba a ti? ¡Ay de mí!, yo me debía apacentar de la verdad, y me hincha la vanidad, y servía al mundo que sólo se hizo para servir a mí.

2. Abomina la vida pasada. Yo os renuncio, pensamientos vanos e imaginaciones inútiles. Yo os abjuro, ¡oh memorias detestables y frívolas! Yo os renuncio, amistades, infieles y desleales, servicios perdidos y miserables, gratificaciones ingratas, complacencias enfadosas.

3. Conviértete a Dios. Y tú, mi Dios, mi Señor, tú serás de aquí adelante el solo objeto de mis pensamientos; no, jamás aplicaré mi espíritu a imaginaciones que no te agraden. Mi memoria se llenará todos los días de mi vida de la grandeza de tu mansedumbre, usada con tanta dulzura para conmigo. Tú serás el regocijo y los deleites de mi corazón, y la suavidad de mis aficiones.

Tales, pues, y tales quimeras y entretenimientos a que yo me aplicaba; tales y tales vanos ejercicios en que empleaba mis días; tales aficiones que empeñaban mi corazón, torné de aquí adelante en aborrecimiento; y con esta intención, me aprovecharé de tales y tales remedios.

Conclusión

1. Agradece a Dios que te ha hecho para un fin tan excelente. Tú me has hecho, ¡oh Señor!, para ti, para que goce eternamente la inmensidad de tu gloria. ¿Cuándo seré digna de ella, y cuándo te bendeciré como debo?

2. Ofrece. Yo te ofrezco, ¡oh mi amado Creador, todas estas mismas aficiones y resoluciones con toda mi alma y todo mi corazón!.

3. Ruega. Yo te suplico, ¡oh Dios!, tengas por bien de aceptar mis deseos y votos, y dar tu santa bendición a mi alma para que los pueda cumplir, por el mérito de la sangre de tu Hijo, derramada en la cruz, etc.

Haz el ramillete de la devoción.

MEDITACION III

De los beneficios de Dios

Preparación

- 1. Ponte en la presencia de Dios.*
- 2. Ruégale que te inspire.*

Consideraciones

1. Considera las gracias corporales que Dios te ha dado, qué cuerpo, qué comodidad para entreternerle, qué salud, que consolaciones, qué amigos, qué asistencias; pero considéralo con una comparación de tantas otras personas que valen más que tú, las cuales carecen de estos beneficios. Los unos gastados de cuerpo, de salud y miembros; los otros puestos a la merced de los oprobios, del menosprecio y de la deshonra; los otros rematados de pobreza, y Dios no ha querido que tú fueses tan miserable.

2. Considera los dones del espíritu: cuántos hombres hay en el mundo torpes, rabiosos, insensatos, y por qué no eres tú del número de ellos. ¿A ti te ha favorecido Dios? ¡Cuántos hay que han sido creados rústicamente y en una extrema ignorancia; y la divina Providencia te ha dado una honrada y buena educación!.

3. Considera las gracias espirituales, ¡oh Filotea! Tú eres de los hijos de la Iglesia; Dios te ha enseñado su conocimiento desde tu juventud. ¡Cuántas veces te ha dado sus sacramentos! ¡Cuántas veces inspiraciones, luces interiores, reprehensiones para tu enmienda! ¡Cuántas veces

te ha personado tus faltas! ¡Cuántas veces te ha librado de las ocasiones a que, en tu ruina y perdición, estabas expuesta! Y los años pasados, ¿no han sido ellos un espacio y comodidad para adelantarte en el bien de tu alma? Mira un poco por lo menudo cuán dulce y propicio te ha sido Dios.

Aficiones y Resoluciones

1. Maravíllate la bondad de Dios, ¡Oh, que mi Dios es bueno para conmigo! ¡Oh, que es bueno! ¡Oh, que tu corazón, Señor, es rico de misericordia y liberal con mansedumbre! (Sal. 85,5). ¡Oh mi alma, contemos para siempre cuántas gracias nos ha hecho!

2. Maravíllate de tu ingratitud. Pero ¿qué cosa soy yo, Señor, que tú hayas tenido memoria de mí? (Sal. 8,5) ¡Oh, que mi indignidad es grande! ¡Ay de mí, que yo he atropellado tus beneficios, yo he deshonrado tus gracias, convirtiéndolas en abuso y menosprecio de tu soberana bondad! Yo he opuesto el abismo de mi ingratitud al abismo de tu gracia y favor.

3. Despiértate en el reconocimiento, Ea, pues, ¡oh mi corazón!: no quieras ser más infiel, ingrato y desleal a ese gran bienhechor. Y ¿cómo, alma

mía, no serás tú desde hoy sujeta a Dios (Sal. 61,1), que ha hecho tantas maravillas y gracias a mí y por mí?

Retira, pues, Filotea, tu cuerpo de tales y tales voluntades; sujétale al servicio de Dios, que ha hecho tanto por él; aplica tu alma para conocerle y reconocerle con tales y tales ejercicios que para ello se requieren., Emplea con mucho cuidado los medios que la Iglesia tiene para salvarte. Yo amaré a Dios, sí; yo frecuentaré la oración, los sacramentos; yo oiré la santa palabra, yo practicaré las inspiraciones y los consejos.

Conclusiones

1. Agradece a Dios el conocimiento que ahora te ha dado de tu deber y de todos los beneficios que ya has recibido.

2. Ofrecele tu alma con todas tus resoluciones.

3. Ruégale que te fortalezca para practicarlas fielmente por el mérito de la muerte de su Hijo; implora la intercesión de la Virgen y de los santos.
Pater noster. Ave María.

Haz el ramillete espiritual.

MEDITACION IV

De los pecados

Preparación

- 1. Ponte en la presencia de Dios.*
- 2. Ruégale que te inspire.*

Consideraciones

1. Piensa cuánto hace que comenzaste a pecar, y mira cuánto se han multiplicado los pecados en tu corazón desde ese primer principio, y cómo todos los días los has ido acrecentando contra Dios, contra ti misma, contra tu prójimo, por obra, por palabra, por deseo y pensamiento.

2. Considera tus malas inclinaciones y cómo las has seguido; y por esos dos puntos verás que las culpas son en mayor número que los cabellos de tu cabeza (Sal 39,13) y aun la arena de la mar.

3. Considera aparte el pecado de la ingratitud para con Dios, que es un pecado general, que se extiende y dilata por todos los otros, y los hace muy más uniformes. Mira, pues, cuántos beneficios te ha hecho Dios, y que de todos ellos has abusado contra él, que te los dio; particularmente

cuántas inspiraciones menospreciadas, cuántos buenos movimientos hechos inútiles; y sobre todo, cuántas veces has recibido los sacramentos, y ¿dónde están los frutos de ello?. ¿Qué se han hecho con esas preciosas joyas con que tu querido Esposo te había hermoñado? Todo lo han cubierto tus iniquidades. ¿Con qué preparación las has tú recibido? Resuelve esta ingratitud en tu pensamiento, que habiendo Dios corrido tanto tras ti para salvarte, siempre le has huido el cuerpo para perderte.

Aficiones y resoluciones

1. Confúndete en tu miseria, ¡Oh mi Dios!, ¿cómo me atrevo a aparecer delante de tus ojos? ¡Ay de mí!, yo no soy otra cosa que una postema del mundo y un remate de ingratitud e iniquidad. ¿Es posible que yo haya sido tan desleal, que siquiera uno de mis sentidos ni una de las potencias de mi alma no he dejado que no haya gastado, violado y ensuciado; y que no se ha pasado un solo día que no haya producido tan depravados efectos? ¿Es éste el cambio con que yo debía pagar los beneficios de mi Creador y la sangre de mi Redentor?

2. Pide perdón, y arrójate a los pies del Señor, como un hijo pródigo, como una Magdalena, como una mujer que con todas suerte de adulterios ha manchado el lecho de su matrimonio. ¡Oh Señor!, misericordia sobre esta pecadora. ¡Ay de mí! ¡Oh vivo manantial de compasión!, ten piedad de esta miserable.

3. Propón de mejorar tu vida. ¡Oh Señor!, nunca más, mediante tu gracia; no, nunca me arrojaré más al pecado. ¡Ay de mí, que no he hecho otra cosa sino amarle, demasiado! Yo le abomino, y te abrazo, ¡oh Padre de misericordia! Yo quiero vivir y morir en ti.

4. Para borrar los pecados pasados me acusaré animosamente de ellos, sin que quede alguno que no despida y lance de mí.

5. Yo pondré lo último de mis fuerzas para desarraigar enteramente de mi corazón las plantas de ellos, particularmente de tales y tales que más me enfadan.

6. Y para lo hacer, abrazaré con mucha constancia los medios que me fueren aconsejados, pareciéndome que jamás podré cumplir para reparar tan grandes faltas.

Conclusión

1. Agradece a Dios que te ha esperado hasta la hora presente y te ha dado estas buenas aficiones.
2. Hazle ofrenda de tu corazón para efectuarlas.
3. Ruégale que te fortifique, etc.

MEDITACION V

De la muerte

Preparación

1. *Ponte en la presencia de Dios.*
2. *Pídele su gracia.*
3. *Imagina que estás en la cama enfermo, y sin esperanza ninguna de escapar de la muerte.*

Consideraciones

1. Considera la incertidumbre del día de tu muerte. ¡Oh alma mía!, un día has de salir de este cuerpo, ¿cuándo será? ¿Será en invierno o en verano? ¿En la villa o en la aldea? ¿De día o de noche? ¿Será de repente o con aviso? Será de enfermedad o de accidente? ¿Tendrás tiempo para

confesarte o no? ¿Te asistirá tu confesor y padre espiritual? ¡Ay de mí, alma mía, que de todo esto no sabemos nada! Sólo es seguro que moriremos, y que siempre es más pronto de lo que pensamos.

2. Considera que entonces el mundo se acabará para contigo, que no tendrá más para ti, que volverá lo de arriba abajo delante de tus ojos; porque entonces los placeres, las vanidades, los gustos mundanos, las aficiones vanas, se nos representarán como nubes y fantasmas. ¡Ah, pobre de mí, y por qué juguetes y quimeras he ofendido a mi Dios, pues le he dejado por nada! Al contrario, la devoción y las buenas obras te parecerán entonces tan dulces y dignas de desearse. ¡Ay de mí! ¿Por qué no he seguido este hermoso y agradable camino? Entonces los pecados que parecían pequeños te parecerán grandes como montañas, y pequeña tu devoción.

3. Considera las grandes y ansiosas despedidas que hará tu alma de este mundo; despedirse de las riquezas, vanidades, de las vanas compañías, de los placeres y pasatiempos, de los amigos y vecinos, de los parientes e hijos, del marido y de la mujer, y de toda criatura, y al fin, de su cuerpo, el cual dejará amarillo, espantoso, deshecho, feo y hediondo.

4. Considera los embarazos que habrá para levantar ese cuerpo y esconderle en tierra; y que hecho esto, el mundo no pensará más en ti, ni quedará más memoria que la poca que tú también de los otros hiciste. Dirán, cuando mucho: Dios le perdone. ¡Oh muerte, y cuán impetuosa y digna de consideración eres!

5. Considera que, al salir del cuerpo el alma, toma su camino, o a la derecha o a la izquierda. ¡Ay de mí! ¿Dónde irá la tuya? ¿Qué camino tendrá? No otro sino aquel que hubiere merecido en este mundo.

Aficiones y resoluciones

1. Ruégale a Dios y échate entre sus brazos. ¡Ay de mí, Señor! Recíbeme en tu protección en aquel día espantoso. Alcance yo aquella hora dichosa y favorable, aunque todas las otras de mi vida me sean afligidas y tristes.

2. Menosprecia el mundo. Pues no sé la hora en la cual tengo de dejarte, ¡oh mundo!, no quiero abrazarme contigo; y vosotros, caros amigos y amados parientes, permitidme que no os tenga más afición sino la de una santa amistad, la cual pueda durar eternamente; porque ¿de qué servirá

unirme con vosotros de suerte que sea necesario deshacer y romper la tal atadura?

3. Quiero prepararme desde ahora, tomar el cuidado importante para hacer este camino dichosamente; quiero asegurar el estado de mi conciencia con todas veras, y poner orden en tales y tales altas.

Conclusión

Da gracias a Dios por esta resolución que te ha dado; ofrécela a su divina Majestad; ruégala de nuevo te dé una dichosa muerte por el merecimiento de la de su precioso Hijo. Implora la ayuda de la Virgen y de los santos. *Paternoster. Ave María.*

MEDITACION VI

Del juicio

Preparación

- 1. Ponte delante de Dios.*
- 2. Suplícale que te inspire.*

Consideraciones

1. En fin, después del tiempo que Dios ha seña-

lado al curso de este mundo, y después de una cantidad de señales y presagios horribles, por los cuales los hombres temblarán de miedo (Lc. 21,26) y espanto, viniendo el fuego como un diluvio, quemará y reducirá en ceniza toda la superficie de la tierra, sin reservar ninguna de las cosas que sobre ella había.

2. Después de este diluvio de llamas y rayos, todos los hombres resucitarán de la tierra (fuera de aquellos que han ya resucitado), y a la voz del arcángel se juntarán en el valle de Josafat. Más ¡ay!, y con cuánta diferencia!. Porque los unos estarán en cuerpos gloriosos y resplandecientes, y los otros en cuerpos hediondos y horribles.

3. Considera la majestad con que se mostrará el soberano Juez, rodeado de todos los ángeles y santos, delante de sí la cruz, más resplandeciente que el mismo sol, cierta señal de gracia para los buenos y de rigor para los malos.

4. Este soberano Juez (por su justo mandamiento, el cual será luego ejecutado) separará los buenos de los malos, poniendo los unos a su diestra, y los malos a su siniestra; separación eterna, después de la cual nunca más estas dos compañías tornarán a juntarse.

5. Hecha esta separación, y abiertos los libros

de las conciencias, se verá claramente la malicia de los malos, y el menosprecio de que han usado para con su Dios. Asimismo se verá la penitencia de los buenos, y los efectos de la gracia de Dios que han recibido; y ninguna cosa será escondida. ¡Oh Dios! ¡Qué confusión será para los unos, y qué consuelo para los otros!.

6. Considera la última sentencia de los malos: “Andad, malditos, al fuego eterno, aparejado para el demonio y sus compañeros” (Mt. 25,41). Piensa estas tan pesadas palabras: *Andad*, dice, que es un mote de perpetuo desamparo, del cual usa Dios con tales desventurados, desterrándolos para siempre de su cara. Llámalos *malditos*. ¡Oh alma mía! ¿Qué maldición es ésta? Maldición general, que comprende todos los males; maldición irrevocable que comprende todos los tiempos y la eternidad, juntando con todo esto el fuego eterno. Considera, pues, ¡oh corazón mío!, esta eternidad inmensa. ¡Oh perpetua eternidad de penas, y cuán espantosa eres!.

7. Considera la sentencia contraria de los buenos: “Venid”, dice el Juez (palabra agradable y de salud, por la cual Dios nos tira a sí y nos recibe en el seno de su bondad), “benditos de mi Padre” (oh, amada bendición, que comprende toda bendi-

ción!, “poseed el reino que os está apareado desde la constitución del mundo” (Mt. 25,34). ¡Oh Dios, y qué gracia!, porque este reino no tendrá jamás fin.

Aficiones y Resoluciones

1. Tiembla, ¡oh alma mía!, con esta memoria. Dios mío, ¿quién me podrá asegurar para este día, en el cual las columnas del cielo temblarán de espanto? (Job, 26,2).

2. Detesta y abomina tus pecados, pues solo ellos pueden hacer te pierdas en este espantoso día.

Quiero juzgarme a mí mismo porque no sea juzgado (1 Cor. 11,31), quiero examinar mi conciencia, condenarme, acusarme y corregirme, porque el soberano Juez no me condene en aquel terrible día. Me confesaré, pues, y recibiré los avisos necesarios, etc...

Conclusión

Da gracias a Dios, que te dio medio para asegurarte en este día, y tiempo para hacer penitencia; ofrécele tu corazón para mejor hacerla; ruégale que te dé la gracia para bien cumplirla. *Pater noster. Ave María.*

MEDITACION VII

Del infierno

Preparación

1. *Ponte en la presencia de Dios.*
2. *Humíllate y pídele su favor.*
3. *Imagina una villa tenebrosa, toda ardiendo en azufre y pez, hedionda, llena de ciudadanos que no pueden salir de ella.*

Consideraciones

1. Los condenados están en el abismo infernal como en una desventurada villa, en la cual sufren tormentos indecibles en todos sus sentidos, y en todos sus miembros, por cuanto así como han empleado todos sus sentidos y sus miembros en el pecado, así sufrirán en todos sus miembros y en todos sus sentidos las debidas penas al pecado. Los ojos, por su falsa y lasciva vista, sufrirán la horrible visión de los diablos y del infierno. Los oídos, por haberse deleitado con discursos viciosos, no oirán jamás sino llantos, lamentaciones y desesperaciones; y así los demás.

2. Fuera de todos estos tormentos, hay uno aún más grande, que es la privación y pérdida de la

gloria de Dios, al cual están ciertos no verán jamás.

Si Absalón halló que la privación de la amigable cara de su padre David era más enojosa que su destierro (2 Sam 14,32), ¡oh Dios, y qué ansia será el verse para siempre privado de vuestra dulce y amorosa presencia!

3. Considera sobre todo la eternidad de estas penas, la cual sola consideración hace del infierno insoportable. ¡Ay de mí! Si una sola pulga en nuestra oreja, si el calor de una pequeña calentura nos hace una corta noche larga y enfadosa, ¡cuánto más espantosa será la noche de la eternidad con tantos tormentos! De esta eternidad nacen la desesperación eterna, la rabia y blasfemias infinitas.

Aficiones y Resoluciones

Amedrenta tu alma con las palabras de Isaías (Is. 23,14): “¡Oh alma mía! ¿Podrías tu vivir eternamente en estas llamas perdurables y en medio de este fuego eterno? ¿Quieres tú dejar a tu Dios para siempre?”

Confiesa que le has merecido muchas veces. De aquí adelante quiero tomar el contrario cami-

no: ¿para qué tengo yo de bajar a este espantoso abismo?

Yo haré, pues, tal y tal esfuerzo para evitar el pecado, el cual sólo me puede dar esta muerte eterna.

Da gracias, ofrece, ruega.

MEDITACION VIII

Del paraíso

Preparación

- 1. Ponte en la presencia de Dios.*
- 2. Haz la invocación*

Consideraciones

1. Considera una hermosa y serena noche, y cuán agradable es ver el cielo con tanta multitud y variedad de estrellas. Junta ahora esta hermosura con la de un hermoso día, de suerte que la claridad del sol no te impida la vista de las estrellas ni de la luna, y después di seguramente que toda esta hermosura junta es nada en comparación de la excelencia del gran paraíso. ¡Cuán amigable y digno de deseo es este lugar dichoso, y cuán preciosa esta hermosa ciudad!

2. Considera la nobleza, la hermosura y la multitud de los ciudadanos y habitantes de esta dichosa ciudad; los millones de millones de ángeles, de querubines y serafines; la compañía de apóstoles, de mártires, de confesores, de vírgenes y santos; la multitud es innumerable. ¡Cuan bienaventurada es esta dichosa compañía! El menor de todos es más hermoso a la vista que todo este mundo visible. ¡Qué gusto será el verlos todos! ¡Oh Dios mío, y cuán dichosos son! Siempre cantan el dulce canto del amor eterno, siempre gozan de una constante alegría; los unos a los otros se causan mil contentos indecibles, y viven en el consuelo de una dichosa e indisoluble compañía.

3. Considera, en fin, el bien que tienen todos en gozar de Dios, el cual les gratifica para siempre con su amigable vista, por la cual derrama en sus corazones un abismo de regalos. ¡Qué bien tan grande es el estar para siempre unido a su principio! Están allí como dichosos pájaros que vuelan y cantan para siempre en el aire de la divinidad, el cual los ciñe por todas partes con increíbles placeres. Allí cada uno a porfía, y sin algún trabajo, canta las alabanzas del Creador: “Bendito seas para siempre, ¡oh soberano y dulce Creador nuestro!, que tan bueno eres para con nosotros, comu-

nicándonos tan liberalmente tu gloria”. Y recíprocamente bendice Dios con una bendición perpetua todos sus santos: “Benditas seáis para siempre (dice el Señor), mis caras criaturas, que me habéis servido, y que me alabaréis eternamente con eterno amor y con eterno contento”.

Aficiones y Resoluciones

1. Engrandece y alaba esta patria celeste. ¡Oh y cuán hermosa eres, mi amada Jerusalén, y cuán bienaventurados son los que te habitan!

2. Reprende a tu corazón el poco ánimo que ha tenido hasta ahora, como es el haberse apartado del camino de esta gloriosa morada ¿Por qué me he apartado yo tanto de mi soberano bien? ¡Ah miserable de mí, que por estos ligeros placeres sin placer he mil y mil veces dejado estos eternos e infinitos regalos! ¿Qué entendimiento era el mío cuando menospreciaba bienes tan dignos de dese- ar, por deseos tan vanos, caducos y perecederos?

3. Aspira, después de esto, con un vehemente ardor a este tan regalado día. Pues has sido servido, mi soberano y buen Señor, de enderezar mis pasos en tu santo camino, jamás volverá atrás. Vamos, pues, ¡oh alma mía!, vamos a este eterno descanso; caminemos a esta bendita tierra que nos

está prometida. ¿Qué es lo que hacemos en este miserable Egipto? Yo me desembarazaré, pues, de las cosas que me divierten o apartan de este camino.

Haré tales y tales cosas, que pueden guiarme a él.

Da gracias, ofrece, ruega.

MEDITACION IX

A manera de elección del paraíso

- 1. Ponte en presencia de Dios.*
- 2. Humíllate delante de él, rogando que te inspire.*

Consideraciones

Imagina que estás en una campaña sola con tu buen ángel, como estaba el joven Tobías yendo a Ragés, y que te hace ver acá arriba el paraíso abierto, con los placeres representados en la meditación que has hecho del paraíso; y después por la parte inferior que te hace ver el infierno abierto, con todos los tormentos descritos en la meditación del infierno. Figurándote todo esto por imaginación, y puesta de rodillas delante de tu buen ángel.

1. Considera que es verdaderísimo que estás en medio del paraíso y del infierno, y que el uno y el otro están abiertos para recibirte, según la elección que hicieres.

2. Considera que la elección que del uno o del otro se hace en este mundo, durará eternamente en el otro.

3. Y aunque el uno y el otro estén abiertos para recibirte, según tú eligieres, por eso está Dios aparejado a darte, el uno por su justicia o el otro por su misericordia. Desea, pues, con un entrañable deseo que aciertes a escoger el paraíso, y que tu buen ángel te ayude con todas sus fuerzas, ofreciéndote de la parte de Dios mil gracias y mil socorros para animarte a tal subida.

4. Desde lo más alto del cielo te está mirando Jesucristo con su acostumbrada mansedumbre, y amorosamente te está convidando: “Ven, ¡oh amada alma mía!, al reposo eterno entre los brazos de mi bondad, que te ha prevenido los inmortales regalos en la abundancia de su amor”. Mira con los interiores ojos la Santa Virgen, que maternalmente te está convidando: “Aliéntate, hija mía, no quieras despreciar los deseos de mi Hijo, ni tantos suspiros como yo doy por ti, inspirando juntamente con él tu eterna salud”. Mira los san-

tos que te exhortan, y un millón de santas almas que amigablemente te convidan, no deseando sino ver un día tu corazón junto al suyo para alabar a Dios para siempre. También te aseguran que el camino del cielo no es tan trabajoso como el mundo le hace; antes te dicen: “Amiga muy amada, quien considera bien el camino de la devoción, por el cual nosotras hemos subido a tanta dicha, verá que hemos venido a estos regalos por regalos sin comparación más suaves que los que el mundo vende por más preciosos”.

Elección

1. ¡Oh infierno!, yo te abomino ahora y para siempre; abomino tus penas y tormentos, abomino tu infortunada y desventurada eternidad, y sobre todo aquellas blasfemias y maldiciones que eternamente fulminas contra mi Dios. Y volviendo mi corazón y mi alma de tu lado, ¡oh paraíso hermoso, gloria eterna, felicidad perdurable!, digo que ahora para siempre, e irrevocablemente, escojo la morada y asiento de tus sagrados y hermosos palacios y de tus santos y apetecibles tabernáculos. Yo bendigo, ¡oh Dios mío!, tu misericordia, y acepto la ofrenda que gustas de hacerme.

¡Oh Jesús, salvador mío! Yo acepto tu amor eterno, y consiento en la adquisición que has hecho para mí de un lugar y casa en esta dichosa Jerusalén, no tanto por ninguna otra cosa como para amarte y bendecirte para siempre.

2. Recibe los favores que la Virgen y los santos te presentan; promételes que te encaminarás a ellos; alarga la mano a tu buen ángel para que te guíe; anima a tu alma a esta elección.

MEDITACION X

A manera de elección que el alma hace de la vida devota

Preparación

- 1. Ponte en la presencia de Dios.*
- 2. Humíllate delante su cara y pídele su ayuda*

Consideraciones

1. Imagina que estás otra vez en una campaña sola con tu buen ángel, y que a tu mano izquierda ves el diablo con muchos espíritus infernales cerca de sí, y alrededor de él una tropa de mundanos, todos los cuales le reconocen y hacen reverencia. Mira el ademán de todos los infortunados

cortesianos de este abominable rey; mira unos furiosos de enojo, de envidia y de cólera; otros que se matan; otros tristes, pensativos y embarazados en adquirir riquezas; otros sólo atentos a la vanidad, sin ninguna suerte de placer que no sea inútil y vana; otros perdidos, hediondos y podridos en sus brutales pasiones. ¿No ves cómo todos éstos están sin reposo, sin orden y sin concierto? Mira cómo se menosprecian los unos a los otros, y cómo no se aman sino con falsos semblantes., En fin, verás una miserable república, tiranizada de este rey maldito, y tal, que te hará no poca compasión.

2. A tu lado derecho ves a Jesucristo crucificado, que con un amor cordial ruega por estos pobres endemoniados, para que salgan de esta tiranía, llamándolos a sí. Mira una gran tropa de devotos que están alrededor de él con sus ángeles; contempla la hermosura de este reino de devoción; cuán agradable es la vista de esta tropa de vírgenes, hombres y mujeres, más blancos que la flor de lis; esta junta de viudas, llenas de una sagrada mortificación y humildad. Mira la compañía de muchas mujeres casadas, que con tanta suavidad viven juntas con un espíritu recíproco, el cual no puede ser sin una gran caridad. Mira

cómo estas devotas almas mantienen el cuidado de su casa exterior con cuidado de la interior, el amor del marido con aquel del esposo celeste. Mira generalmente por todo, los verás a todos en una santa continencia, dulce y amigable, y cómo están todos oyendo a Nuestro Señor, deseándole imprimir en medio de su corazón.

Se alegran, pero con una alegría graciosa, caritativa y bien reglada; se aman, pero con un amor sagrado y purismo. Los que tienen sus deseos en este pueblo devoto, no se atormentan mucho ni pierden punto. En fin, mira los ojos del Salvador que los consuela, y que todos juntos aspiran a él.

3. Si bien tú has dejado a Satanás con su triste y desventurada tropa, por medio de los buenos deseos que has concebido, y con todo eso, no has aún llegado al rey Jesús, ni juntándote a su dichosa y santa compañía de devotos; antes has siempre estado entre los unos y los otros.

4. La Santa Virgen con San José, San Francisco, San Luis y otros mil que están en el escuadrón de los que han vivido en el mundo, te convidan y animan.

El crucificado Rey te llama por tu nombre propio: Ven, ¡oh mi bien amada!, ven para que yo te corone (Cart. 4,8).

Elección

1. ¡Oh mundo abominable! Nunca más verás seguir tu bandera. Ya he dejado para siempre tus vanidades y locuras, ¡oh rey de orgullo, rey de desventura, espíritu infernal! Yo te renuncio con todas tus vanas pompas, yo te detesto con todas tus obras.

2. Y Convirtiéndome a ti, mi dulce Jesús, rey de bienaventuranza y de gloria eterna, yo te adoro de todo mi corazón, y te escojo, ahora y para siempre, por mi rey y por mi único príncipe: ofreciéndote mi inviolable fidelidad y haciéndote un homenaje irrevocable, me sujeto, Señor, a la obediencia de tus santas leyes y preceptos.

3. ¡Oh Santa Virgen, amada Señora mía! Yo te escojo por mi guía y me pongo debajo de tu estandarte, ofreciéndote un particular respeto y una especial reverencia.

¡Oh ángel santo!, guíame a esta santa junta y no me desampares hasta que llegue con esta dichosa compañía, con la cual digo y diré para siempre, en testimonio de mi elección: ¡Viva Jesús, viva Jesús!.

COMO SE HA DE HACER LA CONFESION GENERAL

Ves ahí querida Filotea, las meditaciones importantes a nuestra intención. Cuando las hubieres ejercitado, ve luego animosamente y con un espíritu humilde a hacer tu confesión general. Pero te ruego no te dejes inquietar de ninguna suerte de aprehensión. El escorpión, cuando nos pica, es venenoso, pero su mismo aceite es una muy gran medicina contra su misma picadura. El pecado no es vergonzoso sino cuando le cometemos; pero convirtiéndole en confesión y penitencia, es honroso y saludable. La contrición y confesión son tan hermosas y de buen olor, que quitan la fealdad y disipan la hediondez del pecado. Simón el leproso decía que la Magdalena era pecadora, pero Nuestro Señor dice que no; sólo habla de los perfumes que derramó y de la grandeza de su caridad (Lc. 7,39). Si es que somos humildes, Filotea, nuestro pecado nos desagradará mucho, viendo que con él tenemos a Dios ofendido; pero la acusación de nuestro mismo

pecado nos será dulce y agradable, por cuanto en ella nuestro Dios es honrado. No poco descanso es para el enfermo el informar bien al médico del mal que le atormenta. Cuando habrás llegado delante de tu padre espiritual, imagina que estás en el monte Calvario, debajo de los pies de Cristo crucificado, cuya sangre preciosa, que por todas partes derrama, es para lavar tus iniquidades; porque aunque no sea ésta la propia sangre del Salvador, es el merecimiento de esta sangre derramada: la que rocía y se derrama en abundancia alrededor de los penitentes en los confesionarios por medio de la confesión. Abre, pues, bien tu corazón para que mejor salgan los pecados, porque a medida de cómo ellos salieren, los preciosos merecimientos de la pasión divina entrarán a henchirle de bendición. Di todo lo que te acusare, no con rodeos, sino simple y desnudamente, contentando y satisfaciendo a tu conciencia, que es a lo que te dispusiste. Hecho esto, escucha los advenimientos y todo aquello que te ordena el siervo de Dios, y di en tu corazón: “Hablad, Señor, que vuestra sierva os escucha” (1 Sam. 3,9). Si, es Dios, Filotea, el que escucha, pues dijo el Señor a sus vicarios: “Quien os oye, me oye” (Lc.10,16). Toma después entre manos la siguiente protesta-

ción, la cual sirve de conclusión a toda tu contrición. Medítala y considérala bien primero, leyéndola con el mayor sentimiento y atención que te sea posible.

11

PROTESTACION AUTENTICA PARA GRABAR EN EL ALMA LA RESOLUCION DE SERVIR A DIOS Y CONCLUIR LOS ACTOS DE PENITENCIA

Yo afirmo, constituyo y establezco en la presencia de Dios eterno y de toda la corte celestial, habiendo considerado la inmensa misericordia de su divina bondad para conmigo, indigna y apocada criatura, y que me ha creado de nada, conservado, sustentado, librado de tantos peligros y colmado de tantos bienes recibidos; y sobre todo, considerando esta incomprendible dulzura y clemencia, con la cual este buen Dios me ha sufrido en mis iniquidades, inspirándome tan a menudo y tan amigablemente, convidándome a la enmienda, esperándome con tanta paciencia a penitencia y

arrepentimiento, hasta este N. Año de mi edad, no obstante mi ingratitud, deslealtad e infidelidad, por las cuales difiriendo mi conversión y menospreciando sus gracias, le he ofendido con tanta desenvoltura. Después de haber considerado que en el día de mi sagrado bautismo fui tan dichosa y santamente votada y delicada para ser su hija, y que contra la profesión que entonces fue hecha en mi nombre, he tantas y tantas veces tan desdichada y detestablemente profanado y violado mi espíritu, empleándole y aplicándole contra la Majestad divina; en fin, volviendo ahora en mí, postrada de corazón y de espíritu ante el trono de la Justicia divina, me conozco, tengo y confieso por legítimamente convencida y culpable de la muerte y pasión de Jesucristo, y esto por los pecados que he cometido, por los cuales murió y sufrió el tormento de la cruz; de manera que soy consecutivamente digna de perdición y condenación eterna.

Pero volviéndome hacia el trono de la infinita misericordia de este mismo Dios eterno, después de haber detestado con todo mi corazón y fuerzas las iniquidades de mi pasada vida, invoco y pido humildemente piedad, gracia y perdón, en virtud de la muerte y pasión de este mismo salvador de

mi alma; en la cual apoyándome, como en el único fundamento de mi esperanza, rehago y renuevo la sacra profesión de la fidelidad, hecha de mi parte a mi Dios en mi bautismo; renunciando al diablo, mundo y carne; detestando sus desdichadas sugestiones, vanidades y concupiscencia por todo el tiempo de mi vida presente y de toda la eternidad. Y convirtiéndome a mi buen Dios, deseo, propongo, delibero y me determino irrevocablemente a servirle y amarle ahora y para siempre, dándole a este fin, dedicándole y consagrándole mi espíritu con todas sus facultades, mi alma con todas sus aficiones, mi cuerpo con todos sus sentidos; protestando de nunca más emplear parte ninguna de mi ser contra su voluntad divina y soberana Majestad: a la cual me sacrifico y ofrezco en espíritu para serle siempre leal, obediente y fiel criatura, sin que jamás quiera desdecirme ni arrepentirme. Y por si sugestión del enemigo o por alguna enfermedad humana me sucediese contravenir en algo a esta mi resolución, desde ahora protesto y propongo, mediante la gracia del Espíritu Santo, levantarme y volver en mí al punto que conozca mi falta, convirtiéndome de nuevo a la misericordia divina, sin tardanza ni dilación alguna.

Esta es mi voluntad, mi intención y mi resolución inviolable e irrevocable, la cual consiento y confirmo sin réplica ni excepción en la presencia divina de mi Dios, a la vista de la Iglesia triunfante y a la cara de la Iglesia militante, mi Madre, que entiende esta mi declaración en la persona de aquel que como artífice de ella me escucha en esta acción. Sírvete, pues, ¡oh mi buen Dios!, eterno, todopoderoso, y benigno. Padre, Hijo y Espíritu Santo, confirmar en mí esta resolución, y aceptar este mi sacrificio cordial e interior, en olor de suavidad; y como has sido servido de darme la inspiración y voluntad de hacerle, dame también gracia y fuerzas necesarias para acabarle. ¡Oh Dios mío! Tu eres mi Dios (Sal. 15,1), Dios de mi corazón (Sal. 72,25), Dios de mi alma, Dios de mi espíritu; y por tal te reconozco y adoro ahora y para siempre. ¡Viva Jesús!.

12

CONCLUSION PARA ESTA PRIMERA PURGACION

Hecha esta protestación, oye atenta con todo tu

corazón y espíritu la palabra de tu absolución, la cual el Salvador mismo de tu alma, sentado en el trono de su misericordia, pronunciará desde el trono de su Majestad en el cielo, delante todos los ángeles y santos, al mismo tiempo que en su nombre acá abajo te absuelve el sacerdote; y alegrándose toda esta compañía de bienaventurados con tu buena suerte, dando todos el beso de paz y amistad a tu corazón, puesto ya en gracia y santificado.

¡Oh querida Filotea, y cuán admirable es este contrato, por cuyo medio haces un trato dichoso con su divina Majestad; pues dándote a ella, vienes a ganarla y a ganarte, mediante la vida eterna! No falta, pues, otra cosa sino que, tomando la pluma en la mano, firmes con tu corazón el acto de tu protesto, y que después vayas al altar donde Dios recíprocamente firmará y sellará tu absolución y la promesa que te hará de su santo reino, poniéndose él mismo por su sacramento, como una nema y sello sagrado, sobre tu renovado corazón (Cant. 8,6). De esta manera me parece, Filotea, que quedará tu alma purgada del pecado y de todas las aficiones que de él dependen. Mas por cuanto estas aficiones renacen fácilmente en el alma por causa de nuestra fragilidad y concu-

piscencia (la cual, aunque mortificada, no puede morir durante esta mortal vida), te daré avisos; los cuales, bien practicados, te preservarán de pecado mortal, para que nunca más tenga lugar en tu corazón. Y por cuanto los mismos avisos aun sirven para una purificación más perfecta, quiero, antes de dártelos, decirte alguna cosa cerca de esta pureza, a la cual deseo conducirte.

13

QUE ES MENESTER PURGARSE DE LAS AFICIONES QUE SE TIENEN A LOS PECADOS VENIALES

Cuanto mayor es la luz del día, tanto mejor y más claramente vemos en el espejo los defectos y manchas de nuestro rostro; de la misma manera, cuanto mayor es la luz interior del santo espíritu con que alumbrá nuestras conciencias, tanto más clara y distintamente vemos los pecados, inclinaciones e imperfecciones que nos pueden estorbar el conseguir la verdadera devoción. Y la misma

luz que nos hace ver estas faltas, nos anima al deseo, para purgarnos y limpiarnos de ellas.

Descubrirás, pues, amada Filotea, que fuera de los pecados mortales y sus aficiones, de que te has purgado por los ejercicios ya dichos, tienes aún en tu alma muchas inclinaciones y aficiones a los pecados veniales. No digo yo que descubras los pecados veniales, sino la inclinación y afición que les tienes. Lo uno es bien diferente de lo otro, porque realmente no podemos estar del todo limpios de pecados veniales, o a lo menos para perseverar largo tiempo en esta pureza; mas podemos bien no tenerles ninguna afición., Una cosa es mentir una vez o dos por alegría de corazón en cosa de poca importancia, y otra cosa es el deleitarse en mentir y tener afición a esta suerte de pecado.

Digo, pues, que es menester limpiar el alma de toda la afición que tienes a los pecados veniales, esto es, que no se ha de criar la voluntad de continuar y perseverar en ninguna suerte de pecado venial; porque también sería una gran flojedad el querer adrede guardar en nuestra conciencia una cosa tan desagradable a Dios, como es la voluntad de quererle displacer. El pecado venial, por pequeño que sea, desagrada a Dios, aunque no tanto que por él quiera perdernos o condenarnos.

Y si el pecado venial le displace, la voluntad y afición que se tiene al pecado venial no es otra cosa sino una resolución de querer desagradar a su divina Majestad. ¿Será, pues, posible que un alma noble quiera no solamente desagradar a su Dios, mas deleitarse en desagradarle?

Estas aficiones, Filotea, son directamente contrarias a la devoción, como las aficiones que se tienen al pecado mortal son también contrarias a la caridad: las primeras desmayan las fuerzas del espíritu, estorban las consolaciones divinas, abren la puerta a las tentaciones, y aunque es verdad que no matan el alma, con todo eso la enferman en extremo. Las moscas “ dice el Sabio (Ecl. 10,1)” que mueren en el suave unguento, echan a perder y dañan su suavidad; mas las que de paso comen de él, no dañan sino lo que toman, quedando lo demás libre de alguna ofensa. Así los pecados veniales, cuando llegan a un alma devota y no se detienen mucho tiempo en ella, no la dañan mucho; mas si estos mismos pecados hacen asiento en el alma por la afición que ella les tiene, harán perder sin duda y dañarán la suavidad del unguento; esto es, la santa devoción.

Las arañas no matan las abejas; mas si se detienen en los panales, dañan y corrompen su miel, y

enredan y rompen los hilos de la tela que hacen, quedando las abejas sin poder continuar en su obra. Así el pecado venial no mata nuestra alma, pero pierde de devoción y ocupa tanto las potencias del alma con malas costumbres e inclinaciones que la impide el ejercicio y prontitud de la caridad, en el cual consiste la devoción; pero esto se entiende cuando el pecado venial se junta en nuestra conciencia por la afición que le tenemos. No importa, Filotea, el decir alguna pequeña mentira, desreglarse un poco en las palabras, en acciones, en vestidos, en alegrías, en juegos, en danzas, como al mismo punto que estas arañas espirituales hayan entrado en nuestra conciencia las rechazamos y despedimos de ella, como hacen las abejas con las arañas corporales. Mas si les permitimos se queden en nuestros corazones, y no sólo esto, sino que nos inclinamos a detenerlas y multiplicarlas, presto veremos nuestra miel perdida, y la colmena de nuestra conciencia infectada y deshecha. Y así digo otra vez, ¿en qué razón cabe que un alma noble se deleite en displacer a su Dios, y se aficione a serle desagradable, y quiera intentar lo que sabe que le es enojoso?

QUE SE HA DE PURGAR DE LA AFICION QUE SE TIENE A LAS COSAS INUTILES Y PELIGROSAS

Los juegos, los bailes, los festines, las pompas, las comedias, en su sustancia, no son de ninguna manera cosas malas, antes indiferentes, por cuanto su ejercicio puede ser bueno y malo; con todo eso, todas estas cosas son peligrosas, y el aficionarse a ellas aún más peligroso. Digo, pues, Filotea, que aunque se permita el jugar, danzar, adornarse, oír honestas comedias, banquetear, no por eso el tener afición a todo esto deja de ser contra la devoción, y por extremo dañoso o peligroso: no es malo el hacerlo acaso, pero es malo el aficionarse a ello. Lástima es el sembrar en la tierra de nuestros corazones aficiones vanas y locas; esto ocupa el lugar de las buenas impresiones y estorba que nuestra alma nos emplee en buenas inclinaciones. Así los antiguos nazarenos se absténían no sólo de todo aquello que podía causarles embriaguez, sino también de las uvas y pám-

panos (Hab. 6,3); no porque la uva y pámpano emborrachen, sino por el peligro que había, comiendo el pámpano, de despertar el deseo de comer la uva, y comiendo la uva, de provocar el apetito a beber el mosto y el vino.

Los ciervos, hallándose cargados y repletos del demasiado pasto, se retiran y esconden en sus guaridas, conociendo serles la gordura tan pesada, que no podrían usar de su veloz curso si acaso fuesen embestidos. Así el corazón del hombre, cargándose de estas aficiones inútiles, superfluas y peligrosas, es cierto que no puede pronta, ligera y fácilmente correr a su Dios, que es el verdadero punto de la devoción. Los niños pequeños se aficionan y corren tras las mariposas; cosa que nadie tiene por mala viendo que son niños; pero es cosa ridícula y aun lamentable el ver a hombres ya hechos darse y aficionarse a cosas que he nombrado; las cuales, fuera de su vileza, nos ponen en peligro de desarreglarnos y desordenarnos en su alcance.

Por esta razón te digo, querida Filotea, que es necesario purgarte de estas aficiones; que aunque los actos no sean siempre contrarios a la devoción, con todo eso, las aficiones le son siempre dañosas.

QUE SE HA DE PURGAR DE LAS MALAS INCLINACIONES

Aun tenemos, Filotea, ciertas inclinaciones naturales, las cuales, por no haber tomado su origen de nuestros pecados particulares, no son propiamente pecados, ni mortales ni veniales, mas llámanse imperfecciones, y sus actos, defectos y faltas. Por ejemplo Santa Paulina, según recita San Jerónimo, tenía una grande inclinación a las tristezas y melancolías, y en la muerte de sus hijos y marido fue tanta su tristeza y sentimiento, que hubo de morir de pena. Esta era imperfección, y no pecado, por cuanto obraba contra su voluntad. Hay algunos que de su natural son fáciles, otros tardíos, otros duros en recibir las opiniones ajenas, otros inclinados a la indignación, otros a la cólera, otros al amor; y en suma, se hallan muy pocas personas en las cuales no se pueda señalar alguna suerte de imperfecciones. Y aunque éstas sean como propias y naturales y cada uno, si es que por el cuidado y afición contraria se pueden corregir y moderar, también es necesario, Filotea, que lo hagas. Si se ha hallado el modo de trocar

los almendros amargos en almendros dulces sólo con agujerearles el pie, para que por allí salga el humor, ¿por qué no podemos nosotros hacer salir nuestras inclinaciones perversas, para que así nos mejoremos? No hay natural tan bueno que no pueda malearse con costumbres viciosas, ni hay tampoco natural tan arisco y malo que por la gracia de Dios primeramente, y después por la industria y diligencia, no pueda domarse y vencerse. Quiero comenzar, pues, a darte avisos y proponerte ejercicios, por cuyo medio purgarás tu alma de la afición que a los pecados veniales tienes, de todas aficiones peligrosas y de las imperfecciones; y así asegurarás de más en más tu conciencia de pecado mortal. Déte Dios la gracia para bien practicarlos. (De esto se hablará en la segunda parte, titulada: DEL PROGRESO EN LA DEVOCION y verdadera santificación).

INDICE

INTRODUCCION	3
LA DEVOCION VERDADERA.....	5
1.- Descripción de la verdadera devoción.....	5
2.- Propiedades y excelencias de la devoción.....	9
3.- Que la devoción es necesaria a toda suerte de estados y profesiones	13
4.- De la necesidad de un conductor para entrar y hacer progreso en la devoción	16
5.- ¿Qué es necesario comenzar para la purificación del alma?	20
6.- De la primera purificación, que es la de los pecados mortales.....	23
7.- De la segunda purificación, que es la de las aficiones del pecado	25
8.- Del medio para hacer esta segunda purificación	28
9.- MEDITACIONES.....	30
Meditación I.....	30
Meditación II	33
Meditación III.....	36

Meditación IV	40
Meditación V	43
Meditación VI.....	46
Meditación VII.....	50
Meditación VIII	52
Meditación IX.....	55
Meditación X	58
10.- Como se ha de hacer la confesión general	62
11.- Protestación autentica para grabar en el alma la resolución de servir a Dios y concluir los actos de penitencia.....	64
12.- Conclusión para esta primera purgación ...	67
13.- Que es menester purgarse de las aficiones que se tienen a los pecados veniales	69
14.- Que se ha de purgar de la afición que se tiene a las cosas inútiles y peligrosas ...	73
15.- Que se ha de purgar de las malas inclinaciones	75